

Desde su soledad aprende el poeta a ser uno con los demás. La soledad de Vallejo, en la madurez de sus *Poemas humanos* (1939) y de *España, aparta de mí este cáliz* (1940), es una forma de solidaridad con la realidad en su plenitud.

En 1929, Vallejo escribió: «Si a la hora de la muerte de un hombre, se reuniera la piedad de todos los hombres para no dejarle morir, este hombre no moriría». En *Masa*, uno de los poemas clave de *España*, la piedad es lo que salva al hombre

Entonces, todos los hombres de la tierra  
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;  
incorporóse lentamente,  
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

El Lázaro que surge de la muerte es un combatiente español de la República, es César Vallejo, es cada hombre. Amor por España, amor por el hombre.

Esta adhesión del hombre al hombre se revela lingüísticamente en equivalencias verbales, homologías e imágenes de proximidad. Dichas analogías son especialmente visibles en los poemas con personaje: Pedro Rojas, Ernesto Zúñiga, Ramón Collar, que son, ante todo, hombres. Su sacrificio, forma suprema del amor, será por el bien de todos. Amor fraterno, universal, que está por encima de cualquier ideología.<sup>4</sup>

Y este amor que trasciende la historia, abre el futuro de una vida verdadera. Destruye, por eso da nacimiento a una humanidad nueva y un habla nueva. Podría decirse que en estos dos libros de Vallejo, o este libro único, si se quiere, el ser y el lenguaje se confunden porque nacen de un corazón desasido.

¿No es el desasimiento la forma más completa de posesión? Ahí, en la pobreza, más que en ninguna otra parte, halla la poesía de Vallejo su unidad y sentido.<sup>5</sup>

No tener nada para tenerlo todo. Despojarse de lo inesencial es acercarse a lo esencial. La voz que habla en los *Poemas humanos*, título que podría servir para toda la obra del poeta, lo hace desde la desnudez. Sólo en la pobreza se supera la dualidad y se consigue la unidad. Para el Vallejo de la última época, hombre y lenguaje se identifican, de modo que al abandono del hombre corresponde también el de la palabra. En ningún otro poema como en *Intensidad y altura*, verdadero autorretrato de Vallejo, es tan pronunciado el abandono de la palabra

<sup>4</sup> El epistolario revela que las lecturas marxistas, que Vallejo realiza intensamente a partir de 1927, se adaptan a la antigua vivencia de transformación social, y no al revés. En una carta de 27 de diciembre de 1928, el mismo Vallejo señala: «Voy sintiéndome revolucionario y revolucionario por experiencia vivida, más que por ideas aprendidas». En efecto, sólo porque la incorporación del marxismo se produce de modo natural y en el mismo sentido del crecimiento propio, Vallejo ha podido traspasarlo de manera eficaz a su obra. Para la significación del marxismo en la evolución de Vallejo, que sólo ha sido objeto de atención muy superficial, véanse los ensayos de Noël Salomon, «Algunos aspectos de lo humano en *Poemas humanos*», recogido por Angel Flores en *Aproximaciones a César Vallejo*, *Las Américas*, Nueva York, 1971, t. II, pp. 191-230; y de Víctor Fuentes, «España, aparta de mí este cáliz: un cantar de los cantares marxista», en la revista *Camp de l'arpa*, núm. 39, diciembre de 1976, pp. 17-19.

<sup>5</sup> Pocos poetas han insistido tanto como Vallejo en el hecho de ser pobre. Ya en su tesis *El romanticismo en la poesía castellana* nos dice: «es un hecho comprobado que la más alta y sincera poesía es un lujo de la pobreza».

La palabra «pobre», llena de piedad y conmiseración, se hace presente a lo largo de su poesía, desde *Los heraldos* hasta *España*.

También su epistolario incide en ella. En una carta de 12 de septiembre de 1927 nos dice: «Empiezo a reconocer en la suma miseria mi vía auténtica y única de existencia... Yo he nacido para pobre de solemnidad».

Quiero escribir, pero me sale espuma,  
 quiero decir muchísimo y me atollo;  
 no hay cifra hablada que no sea suma,  
 no hay pirámide escrita sin cogollo.

Vallejo da ahí todo el alcance de su *Ars poética*: cuando calla, la palabra expresa lo absoluto. El poeta entra en el silencio, como Hölderlin y Rimbaud, para tener un lenguaje vivo, un lenguaje humano para expresarse. Vallejo fue capaz de acercarse al silencio desde fuera, desde las palabras gastadas, y darnos un decir más libre y más humano. En los poemas de los dos libros póstumos, las palabras se tornan más y más humanas. En vez de retórica hay estilo; en vez de jerga, uso común y preciso del lenguaje.

Las reiteraciones y los desdoblamientos tienen, en los *Poemas humanos*, el poder de la intimidad y la ternura concentra la carga emocional. El lenguaje deja de ser hablado y pasa a estar vivo, a ser una aventura. Aventura lingüística que traduce la del propio espíritu. Vallejo padece el idioma, como Quevedo, y su lenguaje arrastra consigo el viaje al centro oculto de la intimidad. Es propio de lo profundo revelarse en la superficie. La íntima transparencia de Vallejo descubre que la lucha por la libertad del hombre y la lucha contra la convención por la originalidad de sí mismo son dos actos complementarios.

El desarraigo lo ensimisma para volver al paraíso perdido de la infancia, a los orígenes del lenguaje.

*Años de aprendizaje* llamó Salvador Espriu a su poesía. Y este subtítulo global nos habla de una larga experiencia, de una ardua iniciación que requiere la paciencia de toda una vida.

A quien recuerde que el mito de Antígona constituye una dialéctica de lo íntimo y de lo público, no podrá sorprenderle que la rebelión contra la tiranía sea también una rebelión contra el lenguaje. De manera que el drama de Espriu (1939), proyectado sobre la experiencia liminar de la guerra civil, compromete el lenguaje con la muerte, en busca de la palabra perdida de una tradición.

Sin perder su ámbito local y temporal, *Cementiri de Sinera* (1944-1945), adquiere una universalidad por la muerte, que nos da un lugar para vivir. En el poema XXV, uno de los más importantes de toda su obra, el poeta se sumerge en el mar de la muerte para que el retorno a la vida sea una gran experiencia

Les roques negres  
 m'atrauen anaufragi.  
 Captiu del càntic,  
 el meu esforç inútil,  
 qui pot guiar-me a l'alba?

Naufragio es ahora la palabra clave. Sólo en el «naufragio», en la propia ruina o sacrificio de sí mismo, el poeta puede arribar a la luz. El medio es la voz, que surge de la noche desolada. Esta muerte iniciática, preludio de un verdadero nacimiento, es lo que convierte a la palabra en retorno a un verdadero recuerdo. Los signos distintivos de este proceso iniciático son los símbolos del «mar» y del «ciprés», que horizontal y verticalmente revelan la muerte en su totalidad, y el tono elegíaco que recorre el libro, fruto de la nostalgia por un mundo que falta irremediabilmente. Nostalgia por lo Sa-